



Los viejos creyentes

Perdidos en la taiga



VASILI PESKOV

*Traducción del ruso a cargo de
Marta Sánchez-Nieves*



IMPEDIMENTA



EL RELATO DE NIKOLÁI USTÍNOVICH

En febrero me llamó Nikolái Ustínovich Zhuravliov, un etnógrafo especializado en la región de Krasnoiarsk, que regresaba a Siberia desde el sur. Me preguntó si mi periódico estaría interesado en una historia humana excepcional. Una hora después llegaba al centro de Moscú, a su hotel, para escuchar con atención al huésped siberiano.

La esencia de la historia consistía en que en la Jakasia montañosa, en la lejana y poco accesible región de Saián Occidental, se había descubierto a una gente que llevaba completamente apartada del mundo más de cuarenta años. Una familia no muy grande. En ella habían crecido unos niños que desde su nacimiento no habían visto a nadie, excepto a sus padres, y cuya idea del mundo de los hombres venía solo de los relatos de aquellos.

Enseguida le pregunté a Nikolái Ustínovich si sabía todo esto de oídas o si había visto personalmente a los «anacoretas». El etnógrafo dijo que al principio había leído lo del

«hallazgo» casual de unos geólogos en un papel del trabajo, pero que en verano había conseguido llegar al rincón lejano de la taiga. «Estuve con ellos en su choza. Hablé con ellos como ahora con usted. ¿La sensación? ¿Una mezcla de los tiempos anteriores a Pedro I y de la Edad de Piedra! El fuego lo obtienen con eslabón... Hay teas... En verano van descalzos, en invierno con calzado hecho de corteza de abedul. Han vivido sin sal. No conocen el pan. No han perdido la lengua, pero hay que hacer un esfuerzo para comprender a los más jóvenes de la familia... Ahora tienen contacto con el grupo de geólogos y parecen estar contentos de esos encuentros, aun siendo breves. Pero siguen mostrando cautela, y en su cotidianeidad y en su modo de vida nada ha cambiado. La causa de su anacoretismo es una forma extrema de fanatismo religioso cuyas raíces se extienden hasta mucho antes de Pedro el Grande. Ante la palabra “Nikon” escupen y se persignan con dos dedos, de Pedro hablan como si fuera su enemigo personal.¹ Desconocían todos los sucesos recientes, no habían oído nada sobre una guerra. La electricidad, la radio, los satélites... escapan a su comprensión.»

Habían encontrado a los robinsones en el verano de 1978. Un trazo aéreo de rutas en el curso alto del río Abakán había descubierto un yacimiento de hierro. Para explorarlo se dispuso el desembarco de un grupo de geólogos, y andaban eligiendo desde el aire un lugar para tomar tierra. Era un trabajo minucioso. Los pilotos sobrevolaron varias veces un profundo cañón, calculando mentalmente cuál de las lenguas de tierra llenas de guijarros servía para aterrizar.

1. Más adelante Vasili Peskov explica detalladamente quién y cómo influyen estos personajes y hechos en la historia de la familia Lykovy. (*Si no se indica otra cosa, todas las notas son de la traductora.*)



La parte alta del río Abakán, cerca del eremitorio de los Lykovy.

En una de las pasadas a la pendiente de una montaña los pilotos vieron algo que claramente parecía un huerto. Primero decidieron que solo les había parecido. ¿Cómo iba a haber un huerto si la zona era conocida precisamente por no estar habitada? Era un espacio sin explorar en todos los sentidos: la localidad más cercana estaba 250 kilómetros río abajo... Pero, aun así, ¡había un huerto! En perpendicular a la pendiente oscurecían las líneas de unos surcos: casi seguro que eran patatas. Y ese claro en medio de un macizo oscuro de alerces y de cedros tampoco había podido aparecer solo. Era una tala. Y antigua.

Los pilotos se acercaron a las cimas todo lo que fue posible y distinguieron junto al huerto algo parecido a una vivienda. Dieron otra vuelta: ¡claro que lo era! Y también había un sendero que llevaba a un riachuelo. Y unos tablones hechos de troncos partidos por la mitad secándose. Sin embargo, no se veía gente. ¡Todo un misterio! En los mapas de los pilotos cualquier punto habitado en esos parajes despoblados, aunque sea una cabaña invernal de los cazadores que queda vacía en verano, se anota sin falta. ¡Y aquí había un huerto!

Los pilotos pusieron una cruz en el mapa y continuaron buscando un terreno para aterrizar; lo encontraron finalmente junto al río, a 15 kilómetros del misterioso lugar. Cuando les contaron a los geólogos los resultados de la exploración, prestaron especial atención al enigmático hallazgo.

Los geólogos que iban a trabajar en el yacimiento mineral de Vólkovo eran cuatro. Tres hombres y una mujer, Galina Pisménskaia, que dirigía el grupo. Cuando se quedaron solos en la taiga, en ningún momento perdieron de vista que había un «huerto» misterioso en algún lugar por allí cerca. En la taiga es menos peligroso encontrarse con un animal salvaje que con un desconocido. Y, para no perderse en conjeturas, los geólogos decidieron aclarar sin demora la situación.

Y ahora lo más conveniente es remitirnos a la grabación del relato de la propia Galina Pisménskaia.

«Una vez elegido el día más adecuado, metimos en la mochila gollerías para los posibles amigos, aunque, por si acaso, también comprobé la pistola que llevaba en un costado.

»El lugar señalado por los pilotos estaba aproximadamente a una marca kilométrica colina arriba por la pendiente. En plena ascensión, de pronto salimos a un sendero. Por su aspecto, hasta un ojo poco experimentado podría decirlo: el sendero llevaba usándose muchos años, y unos pies lo habían pisado hacía muy poco. En un punto a la vera del sendero había un pequeño cayado en un árbol. Después vimos dos cobertizos. En estas construcciones, levantadas sobre postes elevados, descubrimos cajas hechas con corteza de abedul que contenían rodajas de patatas desecadas. Por alguna razón este hallazgo nos tranquilizó y echamos a andar por el sendero con seguridad. Las huellas de presencia de gente en el lugar aparecían continuamente: un recipiente pequeño de corteza de abedul aplastado y tirado, un tronco a modo de puente sobre el riachuelo, restos de una hoguera...

»Y ahí estaba la vivienda, cerca del río. Ennegrecida por el tiempo y la lluvia, la choza se encontraba completamente rodeada de trastos de la taiga: raíces, pértigas, chillas. De no ser por una ventanita del tamaño del bolsillo de mi mochila, habría sido difícil creer que estuviera habitada. Pero, sin duda alguna, lo estaba: cerca de la choza verdeaba un huerto bien cuidado de patatas, cebollas y nabos. En un borde se veía una azada con tierra fresca pegada.

»Nuestra llegada no había pasado inadvertida, como pudimos comprobar. La puerta bajita chirrió. Y a la luz del día se asomó, como si se tratara de un cuento, la figura de un anciano decrepito. Descalzo. Sobre el cuerpo, un blusón de

arpillera remendada una y otra vez. De arpillera eran también los pantalones, estos también con remiendos. Barba despeinada. Desgreñado. Mirada asustada, muy atenta. E indecisión. Cambiando de pie continuamente, como si la tierra hubiera empezado a quemar de repente, el anciano nos miraba en silencio. Nosotros tampoco hablábamos. Y así seguimos un minuto. Había que decir algo. Y dije:

—Muy buenas, abuelo. Hemos venido de visita...

»El anciano tardó en responder. Sacudió un poco los pies, miró en derredor, tocó una correa pequeña que había en la pared y, por fin, oímos una voz baja e indecisa:

—Bueno, pasen, ya que han venido...

»El anciano abrió la puerta y nos vimos en una oscuridad rancia y pegajosa. Nació otro silencio tenso que rompieron de pronto unos lloros y lamentos. Y solo entonces vimos las siluetas de dos mujeres. Una sufría un ataque de nervios y rezaba: “Es un castigo por nuestros pecados, por los pecados...”. La otra, agarrada al pilar que apuntalaba la viga maestra combada, se fue dejando caer lentamente al suelo. La luz de la ventanita le daba en los ojos abiertos, mortalmente asustados, y comprendimos que debíamos salir cuanto antes. El anciano nos siguió al exterior. Y dijo, también bastante confundido, que las dos mujeres eran sus hijas.

»Para permitir que nuestros nuevos conocidos se repusieran, nos apartamos un poco; encendimos una hoguera y sacamos algo de comida.

»Al cabo de una media hora, de debajo del tejadillo de la pequeña isba tres figuras se acercaron al fuego, eran el viejo y sus dos hijas. No se veía rastro del ataque de nervios, únicamente susto y curiosidad manifiesta en sus rostros.

»Rechazaron rotundamente nuestra invitación de conservas, té y pan: “¡No nos está permitido!”. En el hogar de piedra



El eremitorio, vista aérea.

que había junto a la choza colocaron un caldero con patatas lavadas en el río, cubrieron el recipiente con una tapa de piedra y se dispusieron a esperar. A la pregunta de si habían comido alguna vez pan, el anciano dijo: “Yo sí. Ellas no. Ni siquiera lo habían visto”.

»Las hijas iban vestidas igual que el anciano, de arpillera casera hecha con cáñamo. De saco era también el corte de toda la ropa: el agujero para la cabeza, el cordoncito a modo de cinturón. Y todo ello lleno de remiendos.

»Al principio, la conversación no fluyó. Y no solo por la turbación. A duras penas entendíamos el habla de las hijas. Tenía muchas palabras antiguas, cuyo significado había que adivinar. Su manera de hablar también era muy peculiar: una especie de recitado sordo con pronunciación nasal. Cuando las hermanas hablaban entre sí, el sonido de sus voces recordaba a un zureo ralentizado, apagado.





»Para la tarde habíamos avanzado bastante en las presentaciones y ya sabíamos que el anciano se llamaba Karp Ósipovich y las hijas, Natalia y Agafia. Su apellido, Lykov.

»De repente, en medio de la conversación, la joven Agafia declaró, con evidente orgullo, que sabía leer. Le pidió permiso a su padre, se coló a toda prisa en la choza y regresó con un libro pesado y lleno de hollín. Se lo abrió sobre las rodillas y, como cantando, igual que cuando hablaba, leyó una oración. Después, deseando demostrar que Natalia también sabía leer, le puso el libro en las rodillas. Y todos guardaron un significativo silencio después. Podía sentirse: saber leer estaba



Los Lykovy vivieron en esta cabaña durante treinta y cinco años.

muy bien valorado entre esa gente y, quizá, era el mayor de sus orgullos.

—¿Y tú sabes leer? —me preguntó Agafia. Los tres aguardaban con curiosidad cuál sería mi respuesta. Le dije que sabía leer y escribir. Lo que supuso cierto desencanto, o eso nos pareció, para el anciano y las hermanas, pues podía verse que consideraban el saber leer y escribir un don excepcional. Pero una habilidad es una habilidad, así que me aceptaron como a una igual.

»Aun así, el anciano consideró necesario preguntarme después si era una muchacha. “Por la voz y lo demás, lo parece, pero lo que es la ropa...”. Esto me divirtió a mí y a mis compañeros, que le explicaron a Karp Ósipovich que no solo sabía leer y escribir, sino que era la jefe del grupo. “¡Inescrutables son tus obras, Señor!”, dijo el viejo santiguándose. Y las hijas también rezaron.

»La oración de nuestros interlocutores interrumpió una conversación que se había alargado bastante. Había habido muchas preguntas por ambas partes. Y había llegado el momento de plantear la pregunta más importante para nosotros: ¿de qué forma habían acabado estas personas tan lejos de la gente? Sin perder la prudencia, el anciano dijo que él y su mujer se habían apartado de la gente por propia voluntad. Que era lo que les exigía la “fe antigua”. “No nos está permitido vivir en el mundo”.

»Los regalos que habíamos llevado —un trozo de lienzo, hilos, agujas, anzuelos— fueron aceptados con gratitud. Las hermanas miraban y remiraban el género, lo acariciaban, lo comprobaban a la luz.

»Y así terminó nuestro primer encuentro. La despedida ya fue casi amistosa. Y pudimos sentir que en esa pequeña isba del bosque nos estarían esperando».

Es comprensible la curiosidad de los cuatro jóvenes que se habían encontrado, como caídos del cielo, con fragmentos de una vida casi «fósil». Y en cada día libre con buen tiempo se apresuraban a visitar el escondrijo de la taiga. «Parecía que ya sabíamos todo del destino de estos enclaustrados en la taiga, que nos causaban curiosidad, sorpresa y pena a partes iguales, y, de pronto, nos enteramos: no conocíamos a toda la familia.»

En su cuarta o quinta visita, los geólogos no encontraron al dueño en la isba. A sus preguntas las hermanas respondían con evasivas: «Ahora viene». El anciano vino, pero no lo hizo solo. Apareció en el sendero acompañado de dos hombres. En las manos, cayados. La misma ropa: de arpillera remendada. Descalzos. Con barba. Ya no eran jóvenes, aunque era difícil calcular su edad. Ambos nos miraban con curiosidad y cautela. Sin duda alguna, ya debían de saber por el anciano las visitas que había recibido el escondrijo. Estaban preparados para el encuentro. Aun así, uno no se contuvo al ver a aquella que más encendía su curiosidad. El que iba delante se giró al otro y exclamó: «¡Dmitri, una muchacha! ¡Hay una muchacha!». El anciano hizo que sus acompañantes entraran en razón. Y los presentó como sus hijos.

—Este es el mayor, Savín. Y este, Dmitri, ha nacido aquí...

Mientras los presentaban, los hermanos, inmóviles y descansando sobre sus respectivos cayados, mantenían la mirada baja. Resulta que por alguna razón vivían separados de la familia. A unos seis kilómetros, cerca del río, tenían su choza con un huerto y una despensa. Era la «filial» masculina del asentamiento. Ambas chozas de la taiga estaban unidas por un sendero por el que pasaban en una u otra dirección casi a diario.

También los geólogos empezaron a recorrer el sendero. Galina Pisménskaia: «La disposición amistosa era sincera, re-



Tres de los Lykovey en una de las primeras visitas a los geólogos.

cíproca. Y, con todo, nosotros no perdíamos la esperanza de que los “anacoretas” aceptaran visitar nuestro campamento base, situado 15 kilómetros río abajo. Demasiadas veces habíamos oído la frase: “No nos está permitido”. Así que cuál no sería nuestra sorpresa cuando un día apareció todo el destacamento entre nuestras tiendas. A la cabeza iba el anciano y, detrás, los “niños”: Dmitri, Natalia, Agafia y Savín. El anciano llevaba un gorro alto de piel de caña de ciervo almizclero; los hijos, una especie de tocado religioso confeccionado de arpillera. La ropa de los cinco era de arpillera también. Estaban descalzos. En las manos, cayados. En la espalda, sujetos con

correas, unos sacos con patatas y piñones, gollerías que nos traían...

»La conversación giró sobre temas generales, fue animada. Pero volvieron a comer aparte: «¡Vuestra comida no nos está permitida!». Se sentaron a cierta distancia junto a un cedro, desataron los sacos, mascarón su “pan” de patata, con un aspecto más negro que la tierra de Abakán y tomaron agua de sus recipientes de corteza de abedul. Después mordisquearon los piñones... y rezaron.

»En la tienda que les habíamos asignado nuestros invitados dedicaron bastante rato a probar con las manos los catres de tijera, los estrujaban. Dmitri se tumbó sin quitarse la ropa. Savín no se decidió a hacerlo. Se sentó al lado y así durmió, sentado. Más tarde me enteré de que se habían acostumbrado a dormir así en la choza, “así le agrada más a Dios”.

»El cabeza de familia, práctico él, aplastó con las manos el borde de la tienda, intentó estirar la tela y chascó la lengua: «¡Uy, es fuerte! ¡Buena! Vendría bien para los pantalones, no se desgastarían...».

En septiembre, cuando las crestas rasas ya tenían nieve, llegó el momento de la partida de los geólogos. Pasaron a despedirse por las pequeñas isbas de la taiga. «¿Y si se vienen con nosotros? —medio en broma les dijo la “muchacha-jefe”—. Podrán instalarse donde quieran, los ayudaremos a levantar una isba, tendrán su huerto...» «No, ¡no nos está permitido!», sacudieron las manos los cinco. «¡No nos está permitido!», enfatizó el anciano.

Antes de partir, el helicóptero sobrevoló dos veces la colina con el «huerto». Junto a un montón de patatas ya arrancadas y al aire, con la cabeza levantada, había cinco personas descalzas. No agitaban las manos, no se movían. Uno de los cinco se había caído de rodillas, rezaba.

En «el mundo» el relato de los geólogos sobre el hallazgo en la taiga suscitó, naturalmente, numerosos comentarios, juicios y suposiciones. ¿Quién era esa gente? Los más antiguos de Abakán decían seguros: son viejos creyentes, *kerzhak*,² ya habían visto a otros antes. Pero surgió el rumor de que en los años veinte un teniente de la guardia blanca se había adentrado en la taiga, al parecer, después de haber matado a su hermano mayor, y que luego se había ocultado junto con la mujer de él. También se habló de los años treinta: «Por aquí hubo de todo...».

Nikolái Ustínovich Zhuravliov, en parte por trabajo y, en parte, por su pasión etnográfica por todo lo no habitual, decidió llegar a aquel rincón de la taiga. Y lo consiguió. Acompañado de un guía cazador y de un sargento de la milicia de Tashtyp, la capital del distrito, llegó hasta el «huerto *taigues-tre*» y aquí dio con la imagen ya descrita. Las cinco personas seguían viviendo en las dos chozas, convencidas de que así es como debían vivir los «verdaderos cristianos».

Recibieron a los recién llegados con cautela. Y todo se aclaró: era una familia de viejos creyentes. La familia se había internado en la taiga en los años treinta.

El anciano Karp Ósipovich Lykov tenía ochenta y tres años; Savín, el hijo mayor, cincuenta y seis; Natalia, cuarenta y seis; Dmitri, cuarenta, mientras que Agafia, la menor, estaba en los treinta y nueve.

Su vida diaria era extremadamente básica: oraciones, lecturas de libros litúrgicos y una auténtica lucha por subsistir en condiciones casi primitivas.

2. Sinónimo de «viejo creyente», el nombre procede del río Kérzhenets, en cuyas orillas se levantaron numerosas ermitas a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

No hicieron preguntas a los recién llegados. Los relatos sobre la vida actual y los sucesos más importantes de esta «los oyeron como marcianos».

Nicolái Ustínovich estuvo con los Lykovy menos de un día. Averiguó que por entonces unos geólogos de una partida ya amplia solían frecuentar bastante el «huerto», unos por comprensible curiosidad, otros para ayudar a los «viejos» a construir una isba nueva y a sacar patatas. Muy de cuando en cuando, los Lykovy también iban a la colonia. Andaban



Primeros encuentros con los geólogos.

descalzos, igual que antes, pero en su ropa ya se distinguían algunos de los regalos. Al viejo le había encantado un sombrero de fieltro de ala estrecha, las hijas llevaban pañuelos de color oscuro. Savín y Dmitri habían cambiado los pantalones caseros por unos hechos de tela de tienda...

El relato de Nikolái Ustínovich me resultó realmente interesante, pero me suscitó muchas preguntas para las que el narrador no tenía la respuesta completa. No estaba realmente claro el camino del matrimonio Lykovy hasta ese alejamiento extremo de la gente. Resultaba interesante ver en el ejemplo de unas vidas concretas las huellas de un cisma del que tanto se había escrito en su época. Aunque, para mí, más importante que las cuestiones religiosas era una pregunta: ¿cómo han vivido?

¿Cómo ha podido sobrevivir esa gente que no estaba en los trópicos a la sombra de unos plátanos, sino en la taiga siberiana con nieve hasta la cintura y con un frío que supera los treinta bajo cero? La comida, la ropa, los útiles domésticos, el fuego, la luz en la choza, el mantenimiento del huerto, la lucha contra las enfermedades, el cálculo del tiempo, ¿cómo lo han hecho?, ¿cómo se lo han procurado?, ¿qué esfuerzos y habilidades han necesitado? ¿No han tenido ganas de ver a más gente? ¿Y cómo se imaginan el mundo circundante los jóvenes Lykovy, para quienes la taiga había sido la casa materna? ¿Qué relaciones han tenido con su madre y con su padre, entre sí? ¿Qué sabían de la taiga y de sus habitantes? ¿Cómo se imaginan la vida «del mundo»? Porque sí saben que en algún sitio existe esa vida. Podían saber de ella aunque solo fuera por los aviones que pasaban por allí.

Algo no menos importante: estaban las cuestiones del sexo, del instinto de prolongar la vida. ¿Cómo la madre y el padre,

que sabían lo que era el amor, habían podido privar a sus hijos de esta alegría que la vida concede a todo ser? Y, por último, el encuentro con la gente. Para los más jóvenes de la familia tenía que haber sido una gran conmoción. ¿Qué les había supuesto a los Lykovy?, ¿había sido una alegría o, quizá, se lamentaban porque se hubiera descubierto su vida secreta? Había muchos otros trazos en esa vida extraviada cuya indefinición resultaba emocionante.

En el hotel de Moscú, Nikolái Ustínovich y yo apuntamos en un papel toda una batería de preguntas. Y lo decidimos: en cuanto empezara el verano y fuera posible organizar una expedición a ese paraje perdido, visitaríamos a los Lykovy.

EL PARAJE

Sentado ahora con mis papeles en una vivienda de las afueras de Moscú con electricidad y teléfono, con un televisor en cuya pantalla cuatro hombres y una mujer flotan en la ingravidez y saludan y sonríen a la Tierra, todo lo que vi en julio se me presenta como algo irreal. Así suelen recordarse los sueños claros y largos. ¡Pero todo eso existió! Ahí veo los cuatro cuadernos con marcas de lluvia, con pinocha de cedros y mosquitos aplastados entre sus páginas. Aquí tengo el mapa con el itinerario. Y, por último, el carrete cortado, distribuido en sobres, con su capacidad de persuasión colorida, inalcanzable para la memoria, y que revive todos los detalles del viaje.

Echen un vistazo a un mapa del centro de Siberia, a la gran extensión a la vera del Yeniséi. Este territorio, de nombre Krasnoiarsk, tiene muchas áreas naturales. En el sur, donde el Abakán desemboca en el Yeniséi, sandías, melones



Paisaje de las montañas Saián.

y tomates maduran igual de bien que en las estepas de Astraján. La «Italia de Siberia» se dice a menudo de estos parajes. En el norte, donde el Yeniséi se convierte ya en mar, los renos extraen de debajo de la nieve escaso alimento y los hombres viven exclusivamente de lo que obtienen con la cría de renos. Miles de kilómetros de sur a norte: estepa, estepa forestal, la vastísima zona de taiga, tundra forestal, la región polar. Escribimos mucho sobre la colonización de este territorio. Y está bastante colonizado. Pero no tiene nada de extraño que todavía haya lugares sin explorar y rincones perdidos y ¡parajes vírgenes y sin transitar!

El lugar que nos interesa está en el sur de Siberia, en Jaka-sia, donde el montañoso Altái se encuentra con las cordilleras Saián. Busque el rabillo inicial del río Abakán, ponga en su orilla derecha una marca para acordarse, y ya tiene el

lugar al que hicimos de todo por llegar y del que nos costó después salir.

En sus años jóvenes la Tierra tuvo el gusto de confundir y enredar tanto las cadenas de montaña de este lugar que lo volvió extraordinariamente inaccesible. «Aquí no hay ningún camino carretero, ni siquiera un sendero con unas mínimas condiciones. El rastro apenas visible, oculto por la taiga, solo vale para el paso de gente fuerte y con mucho aguante, y, aun así, entraña cierto riesgo.» (De un informe de una expedición geológica.) «Para llegar hasta aquí hay que superar varias barreras; a medida que te vas adentrando, cada una de ellas se vuelve más alta y más escarpada», leemos en otro informe.

En Siberia los ríos siempre han sido la vía de comunicación más segura para los hombres. Pero el Abakán, que nace en estos parajes, es tan testarudo y peligroso que solo dos o tres arrojados —cazadores viejos habitantes del lugar, en botes alargados como lucios— suben río arriba hasta cerca de su nacimiento. Y el río está completamente despoblado. El primer núcleo habitado —la ciudad-aldea de Abazá— está a 250 kilómetros del punto que hemos marcado.

Me adelantaré un poco en el relato: cuando regresábamos del «huerto» de la taiga, nos pillaron varios días seguidos de mal tiempo y tuvimos que quedarnos en la colonia de los geólogos a la espera del helicóptero. Ya habíamos probado todo aquello a lo que uno podía dedicarse con lluvia y sin nada que hacer. Habíamos estado cuatro veces en la *bania*, habíamos ido varias veces a la taiga a ver las perforadoras, habíamos cogido arándanos, fotografiado ardillas siberianas, pescado timalo ártico, disparado con la pistola a latas de conservas y contado todas las batallitas posibles. Y cuando ya no pudimos más, alguien mencionó la barca amarrada en un ancón del Abakán. «¿La barca...? —dijo el geólogo jefe de la

prospección—. ¿Y si el viaje termina con un marco de luto y con la inscripción “Sus camaradas”? A ustedes ya les dará igual, pero a mí me llamarán de la fiscalía.» Perplejos, Nikolái Ustínovich y yo retiramos la idea. Pero al llegar, creo que el décimo día de lluvias fuertes, la palabra «barca» volvió a emerger poco a poco. «Está bien —dijo el jefe—, nos arriesgaremos. Pero yo también iré.»

Y nos pusimos en marcha. Seis personas y trescientos kilos de carga: cajas de material fotográfico, un barril de gasolina, un motor de reserva, botadores, un hacha, salvavidas, capas impermeables, un cubo de timalo en salmuera, pan, azúcar, té; todo eso contenía una barca de Abazá que ya había visto muchas cosas. En la popa, al motor, se colocó Vaska Denísov, un operario de las perforadoras, un joven experto y hábil, pero por entonces solo un candidato más a formar parte del reducido número de valientes que habían recorrido con firmeza todo el Abakán.

Los ojos bien abiertos por el miedo. Es posible que el peligro no sea tan grande como pueda parecerles a los principiantes. Pero les juro que más de una vez estuvimos con el alma entre los dientes, en sentido literal y figurado. El Abakán avanza por un estrecho cañón de la taiga dividiéndose en varios cauces, formando atascos con los árboles arrastrados, bullendo en las zonas poco profundas y pedregosas. Para un río así, nuestra barca era un juguetito de madera que podía arrojar contra las rocas, volcar en los rápidos o arrastrar debajo de unos troncos atascados. El agua en el río no discurría, ¡volaba! En algunas ocasiones el salto de la corriente era tan brusco que parecía que la barca se desplazaba hacia abajo por una escalera mecánica de espuma. En esos momentos todos guardábamos silencio, mientras nos acordábamos de nuestras familias y otros seres queridos.